

La Voluntad Divina se doblega sólo ante la bondad que brota desde el alma tan pura como sincera y verdadera, tan nítida que no suele mancharse ni atenuarse por más que la circundan los abrojos, los denuosos o las malas intenciones y es capaz así de mantenerse pese a los vientos y las tempestades porque es abrevando de esa fuente limpia que el Padre deposita en sentimientos en cada uno de sus hijos, sus criaturas, para ser el timón que lenoviese en cada ejecución de sus acciones, para ser también la panacea, como el consuelo de todos los males y el palio, el sostén de los más débiles cuando se siembra verdaderamente en cada uno la simiente de la fe, de la esperanza, esa confianza que nace del encuentro de los sentimientos nobles bien llevados y se va acomodando y encumbrando hasta la cima del alma que consciente está y se esmera y se recrea en las Grandezas que el SEÑOR le brinda, porque para mí PADRE y SEÑOR se ha dicho y repetido por los siglos, nada puede opacar a un alma limpia aunque a distancia o en la cercanía se note oculta a los ojos de los hombres, pero no obstante con el brillo suficiente para que mi SEÑOR lo vislumbre en LAS ALTURAS; por eso os digo que no os importe la rispidez del mundo vuestro, no tengáis pena cuando ese reflejo que debe destellar de las conciencias no lo miréis por ninguna parte o lo contempléis acaso tan tenue, tan insignificante en otros casos cuando es cediendo a la maldad del mundo, cuando es dejándose llevar por la borrasca de los tiempos pues no obstante vuestra bondad no tiene merma cuando vuestra buena voluntad es ayudarles acorde a lo que se requiere de vosotros, a lo que bien sabéis y entendéis estáis más que obligados cuando sois recibiendo tantas y tantas Gracias de ese Padre, cuando sabéis y sois contemplando cuán infinita es su misericordia no obstante los agravios, los pecados, el desapego que la carne manifiesta a cuanto ha conocido como esos mandatos, a cuanto se le ha señalado como lo correcto, lo indicado a seguir para llevarle hacia el bien común, para aliviar un poco esas espinas que hacéis vosotros mismos surgir en los caminos que constantemente sois sembrando de cardos en vez de esa simiente, la del amor, la del progreso que no se debe dar para unos cuantos pero que vosotros los humanos, no parecéis querer entenderlo o comprenderlo y es de esta forma y de tantas otras que hoy vais llevando ese fardo a costas provocando cada vez más vuestras calamidades, que vais sembrando a cada paso esos abrojos y pretendéis cosechar de esos jugosos frutos que ya no pueden obtenerse ahora y ni siquiera en lo que os parece lo primordial y lo preciso como lo material, lo tangible, lo que a la vez que hace brillar esos ojos de codicia, apaga el entusiasmo de vivir de otros; es menester que extreméis en vuestros actos, en cada uno de vuestros pensamientos, cuanto debéis hacer acorde a lo que representan las virtudes, la mejoría de vuestras actitudes, las que os vayan conduciendo paso a paso hacia ese pedestal desde donde podáis mirar y aprender a contemplar con la cordura y la benevolencia los acontecimientos que se ciernen y que no deben alterar ni vuestra buena voluntad ni la paciencia con que debéis seguir entregando, destilando para los demás esa bondad más que nunca tan necesitada por la insensibilidad tan manifiesta. Aprended a acompañar con la abundancia del afecto la buena voluntad, las intenciones, cuanto el mundo más y más está necesitando y en el caudal de vuestras oraciones el incorporar con tanto empeño, con toda sinceridad, contodo apego ese ruego por cuanto deseáis por ese logro que de llevarse a cabo es necesario como un recurso extremo y postrero quizá de esa paz que tanto estáis necesitando; oh salid de esa maldad, de ese antro de bajeza y de miseria humana, despejando por fin vuestras pupilas para mirar el brillo verdadero, el de las almas nobles, las únicas que pueden contemplar con limpidez al mundo entero.

SIMEÓN